

# Carta con cartilla (Acercas del buen escribir)

Darío Jaramillo Agudelo

*Para Patricia*

## 1. El lenguaje oral y el lenguaje escrito no son iguales.

Esta afirmación se prueba con un experimento: transcribir una exposición verbal. De inmediato se notará que el lenguaje hablado —sucesivo en el tiempo— está lleno de repeticiones de palabras, de énfasis tonales, de circunloquios que no son de recibo en el lenguaje escrito, no sucesivo en el tiempo sino simultáneo sobre la página y que exige un orden que no posee la exposición oral.

De esta diferencia radical se sigue un escolio: así como el individuo gasta sus años en dominar el lenguaje hablado, también el aprendizaje del lenguaje escrito necesita tiempo y dedicación. ¿En qué consiste este aprendizaje? Hay dos extremos, el primero —el de la excelencia— es el dominio de la escritura como arte, producto de vocación, dedicación y talento de algunos privilegiados, como García Márquez. El otro extremo es el mero conocimiento de la caligrafía para poner por escrito, con torpeza y miedo, algunas ideas deshilvanadas.

El aprendizaje que se le exige a un profesional, a una persona culta, ha variado con el tiempo. Durante muchos siglos la expresión escrita debía ser un idioma distinto al hablado. Hasta el siglo XVIII muchos textos se escribían en latín. En algunas épocas —recurrentes— el dominio de la escritura consistía en el conocimiento de

mundos simbólicos, de analogías que exigían ingenio y erudición.

En tiempos más cercanos, la medida de la calidad de la escritura se definía por un valor difícil de establecer: la elegancia. El texto escrito, aun el manual más descriptivo, estaba tocado por un tono radicalmente diferente al del habla, empeñado en cierta solemnidad, aun en cierto engolamiento, cuyos restos arqueológicos son la retórica parlamentaria de hoy.

En nuestro tiempo, la calidad del lenguaje escrito se mide por la claridad. El adorno, antes estimado, puede estorbar, el circunloquio es defecto. No me refiero a la escritura artística, donde el toque personal es válido; solo que antes de llegar a ese nivel es preferible aspirar al paso anterior, donde el lenguaje escrito es instrumento para la transmisión de ideas.

Estamos en una época en la cual escribir bien es escribir claro. Escribir no es fácil. Dice Cocteau: “que con lo fácil que parece, no se note el trabajo que costó”.

Para expresar con claridad una idea, lo primero que se requiere es tenerla clara. Es imposible expresar con nitidez aquello que apenas se vislumbra confusamente. Este asunto, sin embargo, escapa a unas instrucciones que se encaminan a dar consejos prácticos sobre la escritura, y no propiamente sobre la capacidad de discernimiento.



Anibal Vallejo. *Sin Título #520*. Acrílico y bordado manual sobre lienzo. 150 x 120 cm. 2017

La claridad consiste en lograr que la idea que se quiere transmitir llegue sin estorbos, sin equívocos, ordenadamente, al lector. Que el empaque no se note.

El propósito permanente de un texto de narración histórica es que sea diáfano. Es un error táctico proponerse otros fines, tales como la profundidad o la originalidad, pues resultan alambicados, pretenciosos y retorcidos.

Hay textos que resultan profundos y originales porque el mensaje que expresan es origi-

nal y profundo. Pero jamás se conseguirán la profundidad y la originalidad como fruto de la mera redacción. "Cómo serán por dentro las cosas, si por fuera son tan profundas", dijo un poeta.

## 2. ¿Cada cuánto tiempo escribe? ¿Cuándo fue la última vez que escribió?

La mayoría de respuestas a estas dos preguntas denuncian en casi todo el que las responde

una lamentable falta de práctica en la expresión escrita. De ahí se sigue, casi siempre, un comentario de los estilos siguientes:

- Yo no sé escribir. (Tiene razón)
- No tengo facilidad para escribir. (Cierto)
- Me cuesta mucho escribir. (Certísimo).

Lo importante aquí es subrayar que lo que uno sabe lo aprende, tener dificultad para cualquier actividad no la hace imposible. Al principio cuesta más, como cuando se inicia cualquier entrenamiento, pero gradualmente se adquiere práctica y se vence el temor reverencial a la palabra escrita.

Esto se parece a:

- Un programa de entrenamiento.
- Aprender a tocar un instrumento.
- Hacer gimnasia.

Me refiero a que todo empieza con unas rutinas.

– *¿Con qué escribo?*

Definir qué se ajusta más a mi comodidad, a mi gusto: lápiz –en ese caso tener varios, tener sacapuntas–, esferográfico, plumígrafo, directo sobre el teclado. Cada uno sabe qué instrumento le satisface más. O debe definirlo.

– *¿Sobre qué?*

Un cuaderno, una libreta con líneas, en papeles sueltos, sobre la pantalla. Siempre es recomendable definir estas materias en función de la comodidad.

– *¿Dónde?*

Tener un lugar fijo, un territorio, ayuda a la concentración. Son importantes la buena luz

– ojalá entrando desde la izquierda– y la comodidad del cuerpo, principalmente de la espalda. Y estar lejos de las interrupciones. Es imposible escribir y conversar, escribir y cocinar, escribir y ver televisión, al tiempo.

– *¿En qué posición?*

Hemingway escribía sobre un atril, de pies. Luis Vidales decía que escribía desnudo y acostado, pero en general, la posición más convencional es sentado, apoyado sobre una mesa. Un poeta colombiano dice que para escribir se necesita una mesa, una musa y una moza. Lo esencial de estas rutinas es facilitar el proceso de la escritura, de modo que la velocidad de la mano fluya y el cerebro se acomode a esa velocidad sin acoso.

– *¿Qué tener cerca?*

Mínimo un diccionario de significados, el Larousse o el diccionario de la Academia. Ojalá, también, un diccionario de sinónimos.

– *¿A qué horas?*

Es importante establecer el hábito. Hay individuos noctámbulos, que se concentran mejor en el silencio de la noche. Los diurnos, madrugadores.

### 3. Lo primero es el contenido. Cuál es el mensaje. Qué piensa transmitir.

Por esto, su primera preocupación al escribir consiste en vaciar su idea. Para esto, trate antes de hacer un esquema que le dé un rumbo, como quien traza un plano, como quien mira el mapa del camino que recorrerá. Y luego escríbalo, pensando en su idea.

En esta primera etapa de la escritura no se preocupe de la forma ni del orden. Ante todo: no tenga más de un problema por resolver al





Anibal Vallejo. *Sin Título #542*. Acrílico y bordado manual sobre lienzo. 150 x 200 cm (díptico). 2018

tiempo. Si usted, inexperto o inseguro de su expresión escrita, además del contenido de su texto, intenta simultáneamente hacerla clara, fluida, ordenada y sin repeticiones, se arma un lío. No se preocupe de la expresión correcta y transparente. En la primera etapa ocúpese tan solo del contenido de su mensaje. Lo primero es el “qué”.

Una de las ventajas de la lentitud y de la deliberación analítica de cada palabra que exige la escritura, consiste en que a uno se le ocurren ramificaciones, derivaciones, precisiones, distinguos, datos: inclúyalos en el momento en que se le ocurren (entre paréntesis, si es del caso). Luego llegará el momento de aprovecharlos, descartarlos, darles un orden.

#### 4. ¿Terminó de escribir todo su “qué”? ¿Está seguro?

Pues si terminó su “qué” y piensa que ya acabó de escribir, está totalmente equivocado. Cuando está en este punto es cuando comienza el verdadero proceso de escritura.

Enseguida va un solo párrafo dedicado a destacar la importancia de una frase:

##### **Escribir es corregir.**

Escribir es corregir. Lo más impresionante — y abrumador — de la escritura es que todo texto es, siempre, susceptible de ser mejorado. Muchos editores de literatura prefieren que la co-

rección final de las pruebas de los libros no la realicen los autores, pues estos suelen seguir corrigiendo obsesivamente hasta la víspera de la impresión.

Escribir es corregir y la corrección comprende varias etapas distintas entre sí. Esto es importante porque cada etapa debe realizarse una por una. Es necesario corregir el conjunto, cada párrafo, cada frase, cada palabra: en realidad, aquí estoy enunciando una metodología que va del conjunto al detalle, del todo a las partes.

En la lectura de conjunto se impone la necesidad de controlar el orden general del discurso. Que el texto tenga un desarrollo coherente, un principio y un final, que el lector no tenga que dar curvas y mucho menos devolverse en la lectura.

Si el objetivo del texto es una narración, lo que más ayuda es el orden cronológico. Si es una descripción, se aconseja ir del conjunto al detalle. Si es conceptual, igualmente, desarrollar de la idea principal a sus ramificaciones.

Después de la corrección global, es importante revisar cada párrafo: las repeticiones de palabras, la conjugación de los verbos en el mismo tiempo, la puntuación.

Después, frase a frase. Que sea coherente, que esté bien ordenada (sujeto-verbo-complemento) y la ortografía.

### Un párrafo sobre la ortografía:

La ortografía se tiene o no se tiene. Cuando no se tiene es muy importante revisarla y corregirla, pues un error de ortografía hace dudar de lo que estamos diciendo. Quien no tiene buena ortografía, pierde credibilidad.

### Y unos párrafos finales sobre la corrección frase a frase:

– Ensaye a leer cada frase sin los adjetivos que contenga; es una buena manera de juzgar si el adjetivo no agrega nada al significado; “cuando el adjetivo no da vida, mata”, decía un poeta de Chile.

– Todos tenemos muletillas (yo, además, soy propietario de unas muletas): es muy importante limpiar la prosa de esas frases que sirven de apoyo al pensamiento, pero de obstáculo a la transmisión del mensaje.

– Es recomendable mirar las frases negativas. En general (“en general” es una mentira mía), es de más fácil comprensión una frase expresada en sentido positivo. Al contrario, una negación es difícil y una fila de negaciones puede llegar a ser incomprensible.

– La precisión en el lenguaje es parte de la claridad. Creo que el género más difícil es el de las “instrucciones prácticas”: las *directions* de las sopas enlatadas, me parecen una obra de arte de la redacción. El secreto consiste en llamar cada cosa o cada acción con su nombre o con su verbo apropiado. En nuestro idioma existen sustantivos y verbos “fáciles”: hacer, ser, tener, cosa, objeto, todos vocablos absolutamente necesarios cuando se precisa, pero que se usan como remplazo de palabras menos vagas.

## 5. Y con esta me despido: sí.

El género más difícil de la escritura consiste en dar instrucciones prácticas. Releyéndome, confirmo que mientras escribía violaba todas las reglas que prescribí.

**Darío Jaramillo Agudelo** es poeta, narrador y ensayista. Texto tomado de *21 ensayos. Una selección de Leer y Releer* (Medellín, Sistema de Bibliotecas Universidad de Antioquia, 2019, pp. 83-89).